

— ¡Vamos! — dijo el cuitado Narciso á sus verdugos.

— ¿Adónde vamos? — le preguntaron los que le acompañaban.

— Al jardín de Lúculo, para que bajo aquellos árboles, en el sitio mismo donde yo maté á Mesalina, vosotros me matéis á mí. Quiero dar tan supremo desagravio á sus manes.

En efecto, había entrado la noche ya cuando Narciso, rodeado de sus verdugos, se dirigía pausada y serenamente al sitio que le traía en aquel examen de su conciencia y en aquel trance último de su ser á las mientes la grande hazaña del sacrificio de Mesalina, que juzgó él salvadora de Claudio y fué causa primera de su desastrada muerte. La distancia entre la colina donde se levantaba el palacio de los césares y la colina donde se tendía el jardín de Lúculo no era corta. Los esbirros iban, á manera de carníface llevando una res al matadero, no alegres, pero sí conformes con el ministerio que iban á cumplir é indiferentes respecto del daño que iban á causar. Narciso recogía todos sus recuerdos en una concentración tan extraordinaria, que, si bien le tiraba la vida con sus instintos de conservación atrás, iba derecho adelante con valor prestado por el sentimiento de su gratitud, en el cual todo lo prefería, todo, á sobrevivir cuando muriera la persona por quien se había desvivido con su fidelidad de perro en este mundo y á quien debía el don más apreciable para el hombre, don que crece más á medida que se recibe desde más bajo, sobre todo desde los hierros pesados é infamantes. La luna difundía en el momento de llegar al bosque su luz mortecina por todas partes. Un sepulcral silencio reinaba como preludio del silencio eterno. Narciso miró el sitio donde la emperatriz, su víctima, expirara, y pidiendo á un esclavo por gracia el puñal de su cinto, se lo clavó con tal fuerza y seguridad y acierto en el corazón, que rodó al suelo como herido de un rayo. Y así acabó.

No pasaba ninguno de estos acontecimientos en Roma sin que los retóricos y los filósofos y los poetas, componentes de una sociedad aparte dentro de aquella sociedad, descuidaran el oral comentario pedido por cada uno en concepto suyo para comunicarse las emociones consiguientes y hacer los juicios necesarios. Estaban de consejeros áulicos en el palacio de los césares Lucano, Séneca, Persio, mientras la sucesión de Claudio y los funerales se arregla-

ban así como los apercebimientos y preparaciones indispensables al reinado nuevo, cuando llegó la noticia del sacrificio de Narciso con todos sus comentarios. Pues bien: ¿á que no imagina quien esto leyera cuál hecho se pusieron á comentar aquellos oradores domésticos del palacio de los césares, con motivo de la muerte, al cabo vergonzosísima, de Narciso? Pues nada menos que la muerte de Catón. Así, creyendo conservar las viejas ideas con el elemento de los comentarios nuevos; en vez de agrandarlas, como cumple á la religión de los recuerdos, disminuíanlas y achicábanlas en los énfasis y en los artificios de una retórica que, aspirando á elocuente y republicana, quedábase reducida de suyo, por la vaciedad natural de una palabra no subseguida de los hechos, á cortesana y aduladora, con lo cual, muy lejos de robustecer los ánimos, rebajábalos y envilecíalos. Inmediatamente se dirigieron los reunidos en palacio á Persio y le rogaron recordase ante la muerte de Narciso la muerte de Catón, ante el sacrificio de un liberto el sacrificio de un ciudadano, ante los sacrificios impuestos á los deberes con la gratitud descendida de una gracia del soberano los sacrificios impuestos por la salud y la libertad del pueblo. Inmediatamente que le rogaron hiciese tal cosa, lo hizo con una verdadera docilidad, y reuniendo todas sus reminiscencias disertó como disertaban los retóricos, en amplios períodos de suma elocuencia donde se alababan todas las virtudes, pero sin ánimo alguno de imitarlas y de seguirlas. Así comenzó á encarecer abstractamente la virtud, la libertad, el derecho, la justicia, la verdad, el bien, los afectos humanitarios de amor á los semejantes y de abnegación por el bien universal, personificándolos en el prototipo estoico por excelencia, en el prototipo de Catón, y diciendo lo siguiente:

«Estaba el filósofo en Cirene cuando supo el triste fin de Pompeyo. Muerta la república romana con este defensor suyo, y triunfante la monarquía nueva, repugnó á tanta desgracia sobrevivir, y tomó la dirección de Utica, no en busca de un refugio, en busca de un sepulcro. Sabiendo cómo debía proceder para no abandonar la causa de los suyos antes de lo debido, encaminóse hacia un puerto de las riberas africanas, poco seguras á un vencido, por hallarse pobladas de númeras traidores y fenicios mercaderes. Él no creía que la razón estaba con la fuerza, que nacía de una victoria una le-

gitudinal, que pudiera el crimen pasar á virtud porque lo dorara el tiempo con sus esmaltes y lo unguiera el género humano con sus adulaciones y con sus besos. Rotas las leyes; desconocida la soberanía del Senado; puestos los haces de los lictores contra el pueblo y por el monarca; en el Foro destruída la tribuna de los Rostros y en el Capitolio alzados númenes propicios á la tiranía; trocadas las sacras colinas donde tronaran los oradores, en peldaños del trono; la Ciudad Eterna con amo, cual esclava de los harenes orientales, constituíase una tierra nueva, dentro de la cual no había ni aire respirable para su alma, ni espacio siquiera para su cuerpo. Pompeyo ha perecido bajo el doble peso de su infortunio y de su nombre; tócale á Catón perecer también. Mas antes quiere decir la última palabra sobre aquel á quien llamaba su jefe y aquietar sus manes con algún profundo consuelo. No encontraba en Pompeyo aquella rigidez histórica de los antiguos romanos, por no permitirlo, sin duda, la tristeza de unos tiempos que confundían el triunfo con el derecho y demandaban á la virtud severa holocaustos para el vicio feliz. La prepotencia de Pompeyo se diferenciò de la prepotencia de César en que pudo ejercerse y desarrollarse con rigor sin detrimento ninguno de la libertad. El pueblo le hubiera nombrado señor, y él se contentaba con la dignidad modesta de ciudadano. Le tuvieron los senadores por jefe; mas así como su prepotencia militar no dañara de ningún modo á la libertad, su jefatura parlamentaria no dañó al Senado. Jamás creyó que debía dominar en Roma. Obligóle tanto más todo lo recibido del pueblo, cuanto menos obligado se creía éste á dárselo por cesión y más podía, en la completa posesión de sí mismo, rehusárselo. Rico, enriqueció más las cajas de su patria que la propia caja. Noble, creyó que su nobleza le imponía el aprecio, no el desprecio de su pueblo. Siempre que opuso á cualquier causa las armas fué para seguidamente deponerlas. Quería el ejército mientras duraba la guerra. La paz del mundo le agradaba más que la victoria propia. Corrió á la cabeza del ejército como á la cabeza del pueblo, más con resolución de servirlos que de mandarlos. Su persona fué siempre al ostentoso lujo repulsiva y al vicio corruptor su casa. Él se hubiese, no complacido, sí avergonzado de reinar. Así en la misma hoguera donde se consumieran sus restos acababan de consumirse la libertad, la

ley, la república. El cielo quiso favorecerle al fin, permitiéndole morir víctima de un monarca y no vasallo de otro. Los que nacieron libres deben apresurarse, cuando recelan que se acerca un tirano, á morir por su libertad. Si Roma, en vez de tribunos, ofrece tan sólo césares, hasta las almas de los muertos en la república deben cerrarse á todas las evocaciones, y no venir del silencio y del olvido á escuchar el romano silencio y ver aquí el triste olvido de todas las antiguas virtudes. Así es que importara mucho á los buenos morir en tal estado y tener para la pira de su cadáver tal virtud que hiciese su sombra inmortal sorda por completo á todos los conjuros y á todas las evocaciones. Duerma en buen hora la Ciudad Eterna el sueño de todos los vicios; pero que no despierte con sus ronquidos á los buenos. Inútiles por completo las trípodes y las consultas para los númenes de la muerte. Lo que se necesita con ella es una firme y segura voluntad. En fin, jamás acabaríamos si hubiésemos de contar todos los pensamientos que cruzaban la inteligencia de Catón á la hora de saber ya muertas la libertad y la república en Roma. En todos estos pensamientos predominaba uno tan sólo, el pensamiento de amor al descanso y al reposo en brazos de la eternidad. Morir equivalía en el fondo á triunfar. Y equivalía en el fondo á triunfar porque la vanidad orgullosa de César, así como requería esclavos de todos los pueblos para mostrar su fuerza, requería jefes de todos los partidos para mostrar su misericordia. Podían á esto conformarse Cicerón, el cual, fugitivo, desde Farsalia á la triste Brindis iba componiendo frases elocuentes que colocar en la diadema de César; Bruto, que aceptaba sin escrúpulo el gobierno de la Galia cisalpina, hostigado por su madre Servilia; Casio, quien había cedido entre los estremecimientos primeros de la derrota una escuadra; pero no el alma de Catón. Y debe añadirse que también el alma de su hija Porcia, donde se iluminara la conciencia y se determinara la voluntad de Bruto, suspensas por las maquinaciones de Servilia.

»Catón personifica las ideas estoicas. Y las ideas estoicas elevan al hombre hasta sobreponerle al dolor. El republicano había visto la muerte de hito en hito y jurádole un desposorio inmediato. Con esta resolución soportó en el mar tempestades, no tan desordenadas como las interiores é íntimas de su tormentoso espíritu. Con

esta resolución recogió los restos de la gente republicana, que consigo conducía en su flota, y la impelió desde la pequeña Sirte hasta la célebre Utica. Aunque se iniciaba el invierno, y por tanto una estación más propicia, en aquel africano voraz clima del desierto, á las peregrinaciones, un martirio sufrió Catón durante aquel prolongado viaje, á cuyo término se hallaba como un descanso la muerte. No usando, por costumbre apenas creíble, los romanos todavía del camello, cuyo paso tan sólo devora los infinitos arenales, experimentaron angustias terribles y tuvieron que resignarse á tardanzas desesperantes. El cielo como una brasa; la tierra como un horno; el aire como los resuellos del Etna; los torbellinos arremolinados en trombas; las arenas batidas y alzadas, cual montañas, en alas del viento, y quemando como erupciones volcánicas; tales calamidades juntas contribuyeron á poner en trance de muerte mil veces la tropa conducida por Catón, que mostró la superioridad incalculable de su indómito espíritu sobre la naturaleza. En efecto, el ejército aquel, guiado por un filósofo, más era ejército de paciencia que no ejército de combate. Pudiendo impedir á César el paso desde los territorios griegos al territorio egipcio y del territorio egipcio al territorio itálico, ninguna empresa intentó, como si una fascinación lo paralizase y detuviese. Ciertamente que toda la marina se portó en aquel conflicto de Farsalia igualmente. Con el número de naves que tenían los republicanos en la mar griega, no supieron ofender ni molestar á los vencedores. Las escuadras de Pompeyo, las escuadras de Casio, las mismas escuadras de Catón sólo sirvieron á la fuga universal. Y, sin embargo, por esa petulancia propia de los partidos, que creen perdida la honra si pierden la esperanza, los republicanos todavía confiaban á una en la fragilidad del imperio cesáreo, y creyendo próxima la ruina de César, desde los escombros de su propia ruina irremediable y suprema todavía se disputaban entre sí el mando y dirección de sus partidarios, cuando no había sabido ninguno disputar al tirano el mando y dirección de la tierra. Catón creyó siempre que las armas no podían servir ni valer en defensa de la libertad y de la república, pues cuando no acertaban éstas á imponerse por la fuerza de su virtud intrínseca, mal se impondrían por la fuerza del combate y del triunfo. Desde que las guerras civiles comenzaron, el estoico

no se vistió una sola vez de lujo; y desde que la batalla de Farsalia se perdió, ni quiso acercarse á mesa ninguna, ni en lecho tenderse para comer, sustentándose con aquellos alimentos indispensables á sostener por algún tiempo su vida.

»Un año resistió Catón todavía las tentaciones de suicidio, á ver si el triunfo se tornaba del lado de los suyos en las últimas y supremas porfías. Desesperanzado siempre, no obstó su desesperanza irremisible al cumplimiento de los deberes íntegros. Él mantuvo en Utica un verdadero núcleo de las fuerzas republicanas y un vivo reto á la victoria de César. Pero el dictador, tan rápido en concebir como en ejecutar, tan clarividente por sus previsiones como seguro por sus acuerdos y certero por sus golpes, plantóse con celeridad en Africa, no fuera que la protesta llegase á victoria. El postrero de los Escipiones, el célebre Labieno, los hijos de Pompeyo, se reunieron allí bajo las dos alas del alma de Catón, y honorariamente presididos por el rey africano Juba, fidelísimo á las viejas instituciones á pesar de su vanidad bárbara, quien les acorrió con su ligera caballería nómada. Pero todo lo superó César. La victoria de Thapso en las costas de África vino á completar la victoria de Farsalia en las costas de Grecia. Catón, que había quedado en Utica, recibió con celeridad extraordinaria, por aquello de que las noticias nefastas tienen alas, el anuncio de la desgracia. Una vez conocida, bien que no extrañada, reunió los trescientos ciudadanos de Roma en la ciudad habitantes y les aconsejó la defensa. Mercaderes más que políticos, resistieron á toda resistencia y declararon importarles poco la victoria de César, con el cual no querían habérselas, dispuestos á reconocerle por soberano y á obedecer sus órdenes. Catón, al ver todo esto, con lo cual contaba, curóse tan sólo de cumplir los postrimeros deberes, y cerrando todas las puertas de aquella ciudad que daban al desierto y abriendo las que daban al mar, conjurólos con verdaderas instancias rayanas en mandatos para que se partiesen y burlaran así las cóleras de César huyendo á sus venganzas. Los rógados y excitados por tan apremiante modo tuvieron que ceder, y dejaron á Catón solitario en compañía de sus dos jóvenes hijos y de dos filósofos griegos, con los cuales, mientras el afortunado guerrero se acercaba, púsose á departir sobre temas tan metafísicos, pero tan humanos, como la

muerte y la inmortalidad. El pensamiento último correspondiente á la vida y á la tierra que tuviera el romano, fué la despedida y salvación de Labieno y de Pompeyo, quienes se partieron hacia España con ánimo resuelto á sostener todavía la república y la libertad romanas contra César. Cumplida tal obligación, puestos en cobro cuantos pudieran correr algún peligro, salvados los jefes, ya Catón apenas podía de otro ningún objeto acordarse que de las ideas eternas preparatorias á su muerte. No quería vivir sin la república y sin la libertad. Por lo mismo que no quería vivir sin ellas, y estaba dispuesto á inmolarse por la propia mano sobre su recién abierto sepulcro, maravillan y extrañan más los cuidados bien solícitos y múltiples que supo consagrar á las últimas y más rudimentarias vulgaridades de la vida. Cuarenta y ocho años tenía no más en la hora de su muerte, de una muerte solitaria y requerida como pudiera solicitar y requerir á un vil amante con pudor y en silencio. Sin embargo, los últimos entre deudos y partidarios y colegas que le acompañaban, llegaron á entrever en lo reposado y majestuoso de su continente personal, en lo sereno y fijo de sus ojos vueltos casi á lo interior del espíritu, en lo menospreciador de tantas fatalidades como le abrumaban á él y á su patria, en lo elevado y sublime de sus ideas, en la unción casi melodiosa de sus conversaciones, en todo su ser, que aquella personalidad suya iba poco á poco rompiendo las cadenas del organismo y del cuerpo hasta en grandiosas anticipaciones de la inmortalidad transfigurarse, y eterizándose, como la mirra y el incienso quemados en las trípodes sacras de los sacrificios, tocar en lo invisible y en lo eterno cual un puro espíritu.

»Como buen clásico no creyó Catón despedirse bien del mundo si una cena, cena de aparato con sus hijos y con sus partidarios, dejaba de preceder al premeditado suicidio. El que durante las agnias del principio republicano comiera de pie siempre, tendióse con serenidad en amplio lecho á la vieja moda romana y gustó los manjares á la par que gustaba del diálogo. El ciudadano había peleado con la fatalidad como un héroe, cumplido todas las obligaciones respecto de su patria y de su stirpe y de su clase, puesto el empeño de un perdido náufrago en salvar entre las cóleras de los hombres y bajo los decretos del destino la libertad romana. Todo

se frustró, y ya no le quedaba otro remedio sino abstraerse de la realidad horrible, donde triunfaban el vicio y el mal, para con esfuerzo superior de voluntad y pensamiento abrirse las puertas eternas del sepulcro y entrarse por la región etérea del ideal purísimo, resplandeciente, de una eterna claridad. Sus dos amigos pertenecían, el uno á la escuela peripatética y el otro á la escuela estoica. Catón les propuso el tema de la inmortalidad en la serie dialéctica expuesta por los diálogos platónicos. Parecía que se levantaban los plátanos del Pireo, y que, á manera de las abejas áticas alimentadas en los romeros y tomillos del Híbla, venían las ideas platónicas en sonoros enjambres á encantar el trance último de la vida y traer como una miel dulcísima las esperanzas de nuestra especie frágil y perecedera en la divina inmortalidad. Inmortal es el alma y destinada por el cielo á unirse con la suprema unidad. Por el pensamiento participamos los míseros mortales de la divina inteligencia y por la virtud participamos de la divina perfección. ¡Ah! No puede morir quien, hallándose á este cuerpo tan frágil esclavizado y sujeto, aún tiene una fuerza interior que le somete la materia y le sojuzga las pasiones. Pensar sin el cuerpo, con la pura virtud íntima del pensamiento, en la suprema esencial substancia de cada cosa, obra divina es tal, que no pueden alcanzarla de ningún modo ni el tiempo ni la muerte, como emanación directa de la eternidad. Las sublimes armonías entre los contrarios enlazan y confunden el amor con la muerte. Antes de aprender ya sabemos algo que por viva reminiscencia guardamos de otro mundo mejor, y antes de morir ya tenemos aspiraciones á lo infinito y á lo eterno que sólo pueden satisfacerse allá en la misteriosa inmortalidad. Esta razón humana, que tiende á la unidad, encuentra la unidad en Dios. Como las cuerdas áureas de las armoniosas liras producen, tocadas por los dedos, que la inspiración mueve, notas superiores á ella misma, tañidos estos nervios nuestros por Dios, son en sí las ideas esencialmente divinas por superiores á nuestra humanidad. Y por las ideas enrojecemos las oscuras cosas en el fuego celeste, y por las ideas prestamos á todo lo inerte movimiento, y por las ideas esclarecemos el universo material, y en alas de las ideas nosotros mismos ascendemos con rápido vuelo á las cimas donde se alzan los eternos é incommunicables arquetipos de